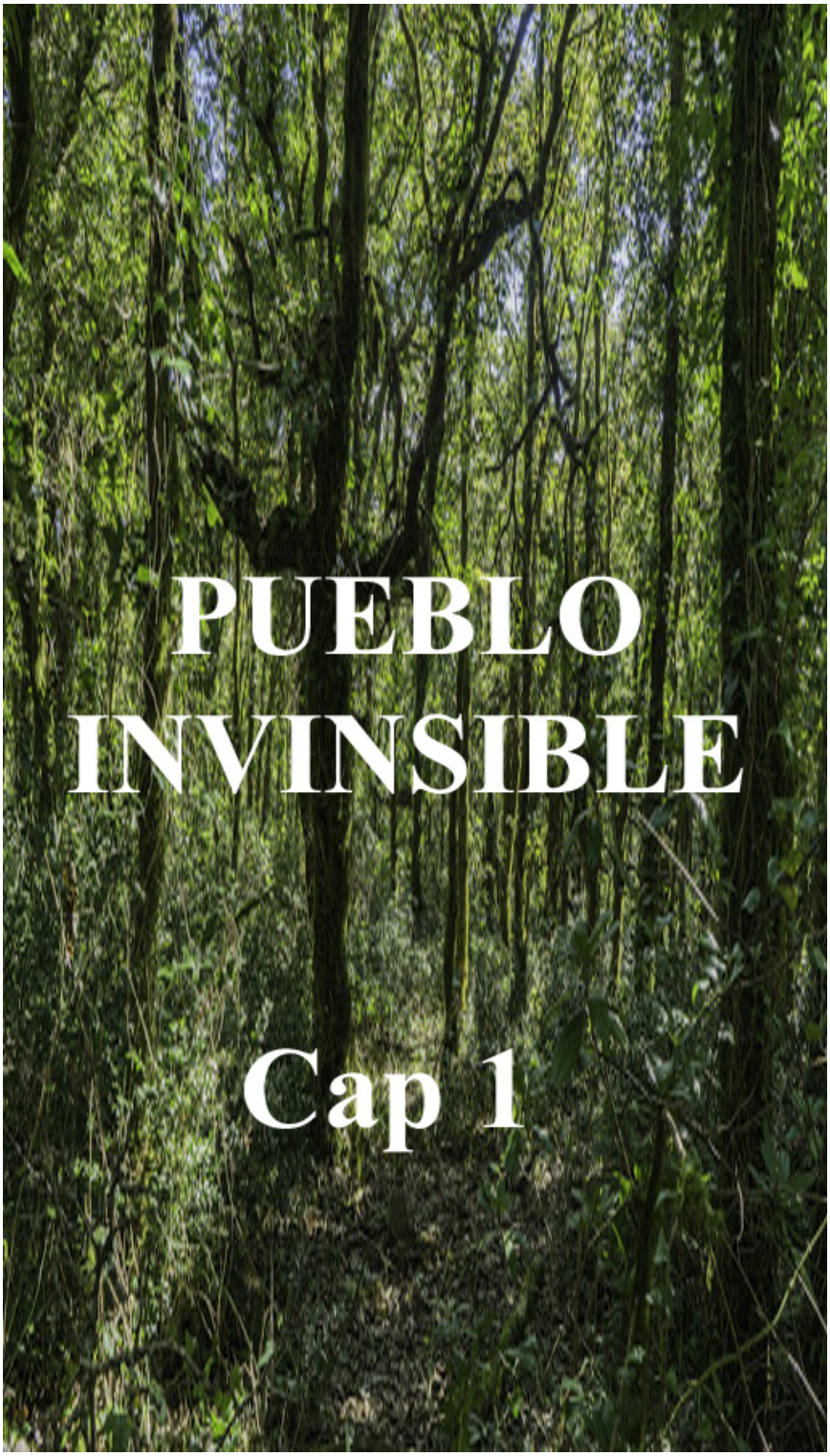
Pueblo invinsible Cap 1

José Manuel Gasulla



Capítulo 1

1 AVISO IGNORADO

No sigáis, locos. Volved a vuestras casas. De seguir adelante solo os espera la muerte.

El rab-eserd, jefe de los diez hombres de su pelotón de reconocimiento, alzó la mano a modo de visera a fin de protegerse del tórrido y cegador sol de mediodía. Pudo observar a un hombre delgado, vestido con una túnica o manto marrón raído y sucio, que les increpaba con gritos de advertencia mientras se acercaba apresuradamente a su posición.

Adentraros en el bosque significa vuestra muerte. Volved… volved.

¿Y tú quién eres? – indagó el rab-eserd, con cierta cólera en su voz.

Un simple ermitaño, que conoce estos lugares y solo desea avisaros del peligro- su cara permanecía oculta por la sombra de la capucha.

¿De dónde sales?

Vivo como eremita en una cueva, cerca de aquí – señalo con su flaca mano una dirección hacia el oeste - Podéis comprobarlo vosotros mismos.

¿Por qué debería creerte?

No miento. Digo la verdad. Ni yo mismo me atrevo a cruzar por este bosque.

Apresadle- se dirigió a sus soldados- Tal vez sepa más de lo que dice.

Dos de ellos se dirigieron hacia el encapuchado con ánimo de prenderle. Pero antes de poder tocarlo, una explosión seguida de una pestilente cortina de humo negro cegó su visión. Cuando se disipó, el extraño había desaparecido y en el suelo solo quedaba su raída túnica.

El rab-eserd se giró hacia sus hombres, los miró fijamente uno a uno y vio miedo en sus ojos.

- ¿Qué sois, acaso núbiles doncellas? Creía que iba al mando de un grupo de fuertes y valientes guerreros. Pero lo único que veo es un atajo de cobardes. ¿alguien pretende huir? Sabed pues que mi espada beberá la sangre de los viles traidores. - con un gesto que no dejaba lugar a dudas, la desenvainó y el sol arrancó destellos terribles del pulido y bien afilado

acero.

Vio que la arenga surtía efecto y gritó:

Adelante.

La marcha se prolongó hasta el crepúsculo, cuando dio la orden de alto, en un claro.

Acamparemos aquí. Disponed los turnos de guardia de a dos. Uno a cada extremo del campamento. Permaneced bien despiertos y atentos.

La luna estaba oculta tras unos negros nubarrones, el silencio de la noche solo se veía interrumpido por el ulular ocasional de algún búho o lechuza. No soplaba la más mínima brisa. En el suelo, en algunos arbustos y en la parte baja de unos troncos se abrieron los capullos de unas extrañas flores Y de ellas surgió una neblina de un púrpura intenso que fue avanzando lentamente. Los centinelas fueron invadidos, por un sopor creciente. El sopor de la muerte.

A cierta distancia del claro, cerca del lugar donde el grupo explorador se había encontrado con el supuesto ermitaño, un cuerpo empezó a moverse entre unos bajos arbustos.

Se levantó, saliendo de su profundo sueño y exclamó:

Joder que frío. Y yo aquí solo con taparrabos. Que ridículo me veo. Menos mal que por aquí no hay nadie… ¿Dónde está mi túnica?

Empezó a buscar a tientas bajo la difusa luz de las estrellas. Al cabo de varios intentos sus manos rozaron la áspera tela.

Ah, aquí está - recogiéndola, se la volvió a colocar con rápidos pero torpes movimientos. - estos trucos de desaparición están muy bien, pero debería llevar otra túnica de recambio. Bien, mucho mejor, mi dignidad está a salvo y mi cuerpo confortablemente caliente.

Y emprendió la marcha, justo en la dirección contraria que horas antes había indicado a la tropa.

Mira que quedarme dormido en mi escondite entre los matorrales. Brrr, me estoy haciendo viejo.

Miró en dirección al bosque, por donde había seguido avanzando la tropa.

Pobres idiotas Estarán todos muertos a estas horas. Bueno, es lo que pasa por no hacer caso de consejos sabios. Ellos se lo han buscado. Valor, valor, honor, disciplina y otras tonterías. Eso es lo que pasa por obedecer

a quién no sabe mandar. - Y siguió andado despacio y prudentemente por la llanura, en dirección a su cabaña, ya paladeando el sabor de la rica sopa y la cerveza que le esperaban. `

Eh, tú ¿Qué haces? – gritó la voz, a su espalda.

Fingiendo una sorpresa que estaba lejos de sentir, el hombre de la túnica marrón, sucia y raída, se giró y observó el rab-hang y sus cincuenta hombres.

Estoy recolectando estos frutos, mi señor. –respondió el hombre señalando el arbusto y su pequeña cesta - Son buen alimento para ermitaños.

Lo miró con cierta reticencia. Observó su rostro enjuto, curtido por el sol y el viento, y su larga barba que había sido negra y ahora la nieve de los años empezaba a blanquear.

¿Viste pasar ayer un grupo de exploradores?

Ciertamente mi señor. Caminaban en dirección norte, hacia el bosque. Les advertí lo peligrosos que son estos parajes. Pero hicieron caso omiso y siguieron. Temo que les haya ocurrido algo horrible.

¿Por qué son tan peligrosos, según tú? ¿Guerreros fuertemente armados? ¿Animales salvajes tan feroces como para atacar a soldados?

Nada de eso. Fantasmas.

Cómo ¿fantasmas?

Espíritus, muertos que no están del todo muertos y que no quieren que nadie profane sus bosques.

Pero ¿Tú que eres? Realmente un ermitaño ¿o tan solo una vieja supersticiosa?

No es superstición, es lo cierto. Si vais a seguir adentrándoos en el bosque y me temo que lo vais a hacer, debo preveniros de que vuestras armas no servirán de nada. Si queréis volver vivos no paséis la noche en el bosque.

¿Acaso no has visto mis guerreros? ¿los has contado? Medio centenar de hombres curtidos en cien batallas ¿quieres que se rían de mí, si ordeno dar media vuelta y regresar… por unos supuestos espíritus? Me perderían todo el respeto.

Ya veo, ya. Haced como gustéis, pero no es ninguna broma lo que os digo. Os garantizo que sé muy de lo que os hablo.

Bien, sigue recogiendo tus frutos – diciendo esto a modo de despedida reabrió la marcha.

No era complicado seguir las huellas aún frescas, en la alta y verde hierba. El bosque se iba haciendo más espeso y los árboles, cada vez más numerosos y altos.

Pronto llegaron al claro donde descubrieron los once cadáveres. Los hombres profirieron juramentos y mascullaron entre dientes plegarias a sus dioses protectores.

El rab-hang examinó detenidamente los cuerpos sin vida. No observó heridas, ni signos de estrangulamiento, ni nada que pudiese aportar alguna idea sobre la causa de la muerte.

Ordenó a sus hombres que rastreasen cuidadosamente los alrededores del claro en busca de huellas o cualquier indicio de presencia humana o animal.

Nada hay, ni huellas ni ninguna otra cosa. Aparte de las pisadas de ellos – informó, uno de sus rab-eserd señalando los cadáveres. - Esto es muy extraño…

El rab-hang miró hacía los árboles, hacia el cielo. Solo el silencio ominoso, como el de una tumba milenaria. Se quedó pensando unos instantes, irresoluto. Finalmente gritó la orden.

Nos vamos. Regresamos.

Los hombres evidenciaron con suspiros u otros gestos, el alivio que les produjo la noticia.

Pero antes debemos enterrar a los muertos. Cavad deprisa y enseguida que terminéis nos iremos.

Nunca once tumbas fueron cavadas tan rápido.

Uno de sus rab-eserd preguntó:

¿Regresamos a PethlaKu?

No, aún no. Acamparemos en los lindes del bosque. En algún lugar hacia el sur de donde encontramos al ermitaño. Si aquellos lugares son seguros para él, también deberán serlo para nosotros. – Respondió el rab-hang y añadió - Mañana al alba regresaremos al claro y haremos una nueva

inspección. Parece que durante el día no hay peligro.

Apenas las primeras luces del día apuntaron, la tropa inició nuevamente la marcha. Al llegar vieron con terrorífica sorpresa que los cadáveres habían sido desenterrados y las tumbas rellenadas de nuevo.

Pero ¿quién ha podido cometer semejante sacrilegio? – gritó estupefacto uno de los soldados.

Por más que buscaron minuciosamente no hallaron huella ni rastro alguno.

Regresemos donde encontramos al ermitaño –ordenó.

No se le veía por ninguna parte. El rab-hang empezó a llamarle a gritos. Ordenó a sus hombres realizar una batida en su busca.

¿Me andáis buscando? – como aparecido de la nada, su voz sorprendió a todos.

Intentando mantener su compostura el rab-hang, respondió:

Si, así es. Quiero preguntar varias cosas. ¿has tenido algo que ver con la excavación de las tumbas de mis hombres? ¿has sido tú quién los ha desenterrado?

No… Los dioses me libren. Jamás pisaré ese bosque y mucho menos de noche.

Con ojo experto observó el rostro del eremita. Parecía sincero. Completamente. El terror que manifestaba con la sola idea de penetrar en el bosque era totalmente real.

Y ¿sabes algo al respecto?

No, pero es evidente. Los espíritus no quieren gente extraña en su tierra. Son muy suyos.

¿Otra vez con esos dichosos fantasmas? ¿de veras crees que son reales?

No es que lo crea. Es que son reales.

Ya, y ¿de dónde han salido?

A ciencia cierta nadie sabe… Hay leyendas que se remontan a siglos atrás. Muchos siglos. Había un poderoso reino… varias enormes fortalezas. Eran fuertes y soberbios, dueños de todo este inmenso territorio. Por un motivo que desconozco una extraña maldición cayó sobre ellos. Todos murieron,

pero sus espíritus, no. Y siguen creyendo después de cientos de años que estas son sus tierras.

Difícil dar crédito a esas palabras. Sin embargo, los hechos no tienen explicación plausible. Bien meditaré sobre todo esto que me has contado. Ahora ve y prosigue con tus quehaceres. Posiblemente volvamos a vernos.

Así lo espero y así lo deseo. Espero que mi pobre ayuda os haya sido útil.

Una vez hubo desaparecido el ermitaño, convocó a sus cinco rab-eserd.

Está claro que no podemos regresar a casa. Todos sabemos demasiado bien como las gasta Ranavalon. Y cuál es su furor cuando las cosas no salen conforme a sus deseos. Posiblemente acabemos todos bajo el hacha del verdugo.

Y ¿qué podemos hacer? – preguntó uno de sus rab-eserd - ¿no pensarás volver al bosque?

Por supuesto que no. Creamos o no las historias de ese loco ermitaño, lo innegable es que pasar una noche en ese bosque significa una muerte cierta. Mi propuesta es marchar hacia el oeste. Siguiendo el cauce del río llegar hasta Zircontia. Es el más occidental de los reinos y prácticamente el único que aún resiste a las tropas de nuestro Rey. Tal vez podamos encontrar empleo como mercenarios.

Esto significa alta traición- exclamó otro.

Dame otra posibilidad. Que nos permita seguir vivos, claro.